

MORTARIA BAETICAE. LA PRODUCCIÓN DE MORTEROS EN LA BÉTICA DURANTE EL ALTO IMPERIO

Mortaria Baeticae. Mortar production in Bética in the early roman empire

M.^a VICTORIA PEINADO ESPINOSA *

RESUMEN En este trabajo se pretende dar una visión de conjunto sobre los morteros producidos en la Bética durante el Alto Imperio, proponiendo un recorrido por los centros productores de esta forma para analizarla desde el punto de vista tecnológico y tipocronológico. No menos importante será detenerse en el análisis de la configuración formal de este tipo cerámico acometido a partir del estudio de los morteros importados y las producciones tardorrepublicanas del Sur peninsular; ello nos ayudará a su vez a conocer el uso de esta forma cerámica y relacionarla con los hábitos alimenticios.

Palabras clave: Arqueología Clásica, Bética romana, Morteros, Cerámicas comunes romanas.

ABSTRACT In this paper, we analyse the mortars produced in Baetica during the Empire, offering a tour of the production centres to study these mortars technologically and chronologically. Equally important is in the analysis of the typological setting of this pottery type starting from a study of imported mortars and production at the end of the republic in the south of the Iberian Peninsula. This in turn helps us to know the use of this pottery and to relate it to eating habits.

Key words: Classical archeology, Roman Baetica, mortars, common Roman pottery, eating habits.

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada. mvpeinado@ugr.es

La redacción de este trabajo ha contado con el soporte del I+D *Ex officina Meridionali*: Tecnología, producción, difusión y comercialización de cerámicas finas de origen bético en el sur peninsular durante el Alto Imperio (HAR2010-17507), Ministerio de Ciencia e Innovación.

Fecha de recepción: 12-09-2011. Fecha de aceptación: 17-04-2012.

INTRODUCCIÓN

Cada vez son más los trabajos publicados que se ocupan del estudio de las cerámicas empleadas en el ámbito doméstico en la cocina, sea para almacenar, preparar o cocinar los alimentos, y que generalmente conocemos como cerámicas comunes. Gracias a ello, hoy conocemos mejor los distintos repertorios formales y tipológicos. Dentro de esas cerámicas encontramos una forma que por su funcionalidad y por ser fácilmente reconocible se ha convertido en objeto de estudio en multitud de ocasiones, los morteros. Esta forma cerámica, empleada por griegos, fenicios, etruscos, púnicos y romanos, centra este trabajo en el que analizaremos la introducción de este instrumento en la Bética hasta que, hacia mediados del siglo I d.C., se convierte en un elemento vascular imprescindible producido en diversos talleres.

EL ORIGEN DE LOS MORTEROS CERÁMICOS EN EL MUNDO ROMANO

La denominación de mortero empleada en Arqueología Clásica designa un instrumento cerámico empleado en la preparación de las comidas. No obstante, el uso de esta palabra, traducción del latín de la palabra *mortarium*, aparece en la literatura grecolatina haciendo referencia no sólo a los morteros cerámicos. M. B. Hargis en su trabajo sobre los morteros de Cetamura del Chianti (Toscana, Italia) resume en tres los significados del término *mortarium* atendiendo a los autores griegos y latinos. El primer significado designa a los morteros usados en Medicina, el segundo recoge las referencias a los morteros usados para crear pigmentos o en construcción, mientras el tercero hace referencia a los morteros domésticos empleados en la preparación de la comida, significado más repetido en las fuentes clásicas (Hargis, 2007:16).

Son estos morteros domésticos una de las formas cerámicas mejor conocidas. Desde que se asumen como un *instrumentum domesticum* fundamental de la cocina romana su producción no cesa, siendo multitud los talleres donde se fabrican. En común, un mortero del siglo II a.C. con uno producido en el II d.C., tienen su forma exvasada, cuyo diámetro oscila entre 2,5 y 5 veces la altura del cuerpo, sus paredes robustas, así como el fondo, en la mayoría de los casos ápedo. Pero lo que sin duda distingue a los morteros de otros recipientes cerámicos es el fondo interno, concebido para facilitar las labores de maceración, lavado y secado del grano, así como la trituración del queso o la mezcla de ingredientes base de los principales platos romanos, usos conocidos a partir de las fuentes clásicas¹. Esos fondos aparecen provistos de una superficie abrasiva en la que el recurso de la incrustación de pequeñas piedrecitas en la matriz arcillosa en el momento del torneado del vaso por el alfarero es uno de los más extendidos. Igualmente, es característico de algunos tipos de morteros la presencia en el borde de un pico vertedero que facilita el desalojo del agua empleada en la maceración del cereal (Olcese, 2003:43).

1. J. Gómez Pallares (1995:32-33) recoge las referencias a los morteros en la obra de Apicio, Plauto y San Isidoro de Sevilla

El origen de los morteros cerámicos hay que buscarlo en su función y uso, muy ligada al inicio a la preparación de los cereales. En el Mediterráneo antiguo las técnicas de preparación del cereal eran la molienda, que reducía el cereal a harina; el macerado, que separa el grano de su capa externa de salvado o glumilla; y el triturado, que sin transformar el cereal en harina, lo hacía apto para la preparación papillas o galletas (Mateucci, 1986:239-240). Estas técnicas en ocasiones eran complementarias, P. Matteucci recoge la receta de uno de los platos bases de la comida romana según Catón, la *puls*, para cuya elaboración se precisaba de la maceración del cereal y de un molino para moler el grano. De esta forma la maceración aparece como una técnica preparatoria (Mateucci, 1986:243). En el origen de estas técnicas, al inicio de la alimentación humana, se encuentra en el molino barquiforme, que sobre todo servía para el triturado, y que en Próximo Oriente fue sustituido por molinos a rueda que poco a poco fueron evolucionando, pasando de la tracción animal a los molinos de agua. Sin duda, este paso propició la elaboración de nuevos platos. El mortero cerámico debió aparecer ligado en un primer momento a la maceración, ya que algunos tipos de cereal como el farro, la cebada o el trigo eran muy duros de moler sin ese proceso previo (Mateucci, 1986:239-240-243). Si bien, no se debe descartar una fase intermedia de morteros de piedra, *pilum*, usados para triturar el grano y que se sustituirían por los molidos, una vez éstos se hacen más presentes en las ciudades romanas de la Península Itálica, sobre todo a partir de 168 a.C. (Mateucci, 1986:239-245). Con la presencia de esos molinos en las ciudades, así como de hornos y panaderías, los morteros irían perdiendo esa función originaria de preparación del cereal. Sin embargo, debemos de pensar que no todos los hogares romanos eran iguales, de este modo las grandes *domus* podían tener su propio molino para el grano. Por contra, en las *insulae* la opción de adquirir el pan o la harina en los distintos molinos era lo más normal. Por otra parte, indispensables también aparecen los morteros cerámicos en las operaciones de mezcla de ingredientes, en las que la superficie abrasiva de los mismos facilitaría deshacer aquellos ingredientes más duros y amalgamarlos con los más líquidos para crear salsas. Según algunos autores, los morteros sobrevivieron a su función original de maceración del cereal precisamente al hacerse indispensables en la preparación de papillas y salsas (Dosi y Schanell, 1984:126). El mortero aparece con ese uso doméstico en la obra de Apicio, para la realización de un sinnúmero de recetas que, por otra parte, no debemos olvidar sólo serían elaboradas en los hogares más pudientes; en el resto el mortero sería usado en recetas menos elaboradas y empleando una cantidad de ingredientes menor.

Centrándonos en la configuración formal de los morteros romanos de producción itálica, tradicionalmente se le ha dado un origen griego. Esta forma vascular, que era producida en la Hélade al menos desde el siglo VII a.C., conocida a partir de los primeros contactos coloniales en Asia Menor (*Apud* Aguarod, 1991:121), habría llegado a las cocinas romanas tardíamente, procedente de las colonias griegas de la Magna Grecia tras las anexionaciones de Tarento y la Campania (Bats, 1988:63). Es precisamente en la Magna Grecia donde la presencia de estos morteros griegos está más ampliamente documentada². P. Matteucci realizó una clasificación de los morteros griegos, basándose

2. Gracias a los trabajos en el Ágora de Atenas en la actualidad contamos con una gran informa-

en las características morfológicas de los mismos, en 4 tipos fundamentales, sobre todo atendiendo a la forma del borde. El tipo I se corresponde con los morteros áticos (fig. 1.1) cuya cronología se sitúa entre el siglo VI a.C. y el V a.C. Se trata de morteros que presentan unas pastas muy similares a las de la cerámica común ática, con bordes redondeados sin pico vertedero (Matteucci, 1986:253-255). El tipo II lo constituyen los morteros de origen corintio (fig.1.2), caracterizado por la gran variabilidad de bordes que presentan, lo que llevó a la autora a dividirlo en 8 subtipos. Estos morteros tienen en común las características físicas de la pasta, muy similares a las de los materiales latericios de procedencia corintia. Respecto a los morteros áticos se diferencian por la presencia, en la mayoría de los casos, de pico vertedero y bordes vueltos más o menos horizontales según los individuos. En ocasiones, estos bordes pueden presentarse decorados con óvalos, que parecen funcionar como asas, o con acanaladuras horizontales. Las cronologías oscilan entre los ss. VI y IV a.C., con testimonios para la variante 4 hasta el siglo II a.C. en el suelo itálico. Los fondos del tipo II presentan un pie anular, junto algunos ejemplares ápodos. Estas características las comparten con el subtipo 6 que es considerado por M. Matteucci como una imitación de los morteros corintios realizada por los alfareros de la Magna Grecia entre los ss. V y II a.C. (Matteucci, 1986:255-260). Los siguientes tipos, el III u Olinto, característico por sus asas, y el IV o Eracleo de borde recto, son menos frecuentes y con cronologías que oscilan entre el siglo IV y el III a.C. (Matteucci, 1986:260-261). Muchos de estos morteros fueron documentados en otras zonas del Mediterráneo occidental como Lattes, con cronologías, similares a las ofrecidas para el territorio itálico (Bats, 1993a:345-350).

Junto a estos morteros de origen griego, también en la Península Itálica, en el área etrusca se produjo desde el siglo VII a.C. este instrumento (fig. 1.3). Su origen no está del todo claro, según P. Matteucci hay que buscarlo en prototipos corintios (Matteucci, 1986:261). Las características físicas de las pastas de los morteros producidos en Etruria presentan una gran similitud con las cerámicas comunes y con las ánforas, y pueden presentar revestimientos ocasionales con engobes blanquecinos verdosos o líneas horizontales de color rojizo-marrónáceo en el borde. Formalmente son muy exvasados, con bordes engrosados, bien de sección rectangular, que se difunden por la Etruria centromeridional, bien de sección triangular, especialmente localizados en la zona norte de Etruria (Olcese, 2003:43). Los fondos suelen estar provistos de pies anulares.

Como acabamos de ver, desde aproximadamente el siglo VII a.C. el mortero era una forma cerámica conocida y utilizada en el sur y en el centro de Italia³. Su producción no cesó y cuando Roma comenzó a expandirse por la Península Itálica este utensilio era ya indispensable en la cocina. De este modo, durante la conquista del Mediterráneo los morteros itálicos de época republicana fueron portados por los legionarios, hallándose en multitud de campamentos; para entonces son las producciones de morteros campa-

ción tipocrológica sobre los morteros de origen griego. Para profundizar más en su conocimiento se hace imprescindible acudir a los trabajos de B. A. Sparkes y L. Talcott (1951, 1970), B. A. Sparkes (1962) y los H.S. Robinson (1959).

3. M. Bats ha dividido en dos áreas culturales la producción de cerámicas comunes en la península itálica en este momento; el área sur, de influencia griega, y el centro, de influencia etrusca (Bats, 1993b:357).

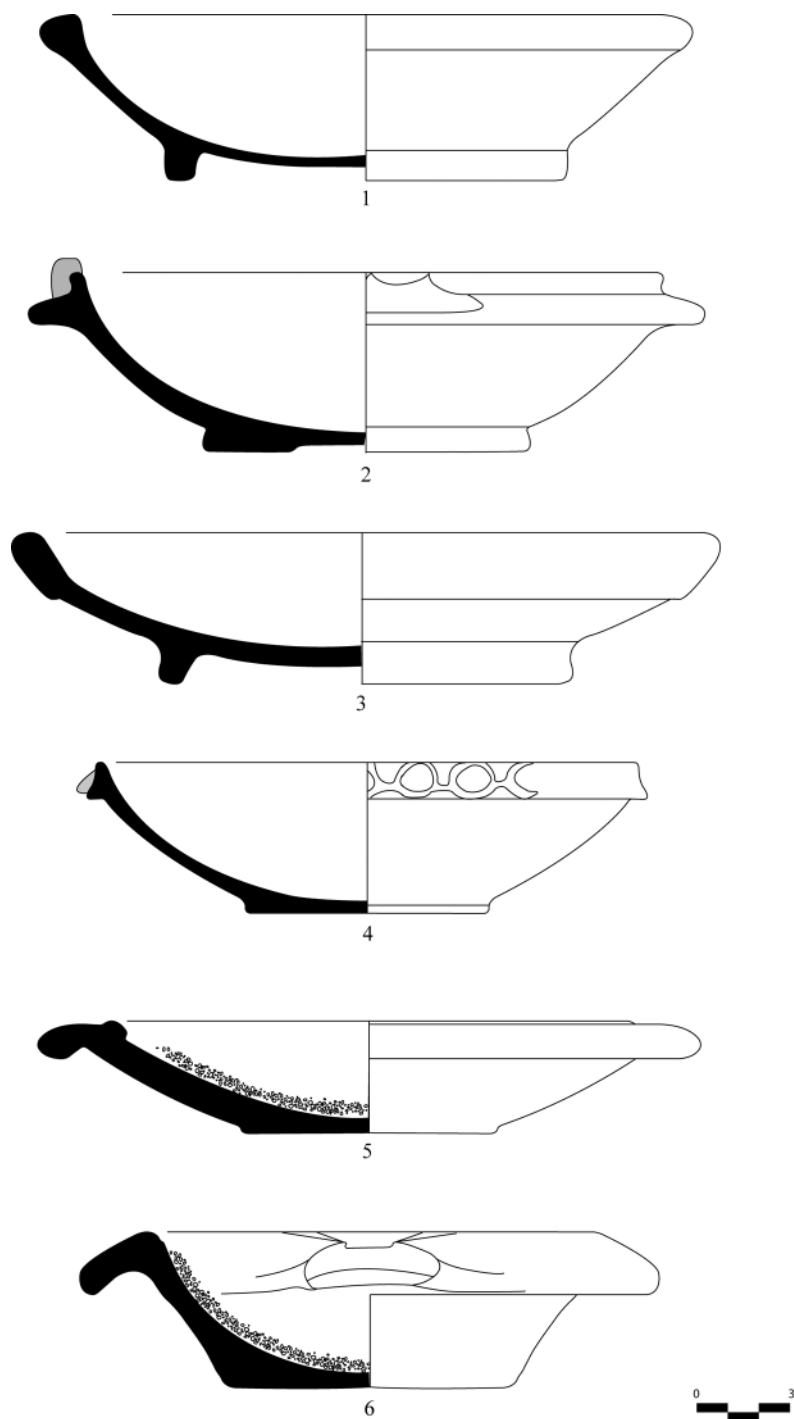


Fig. 1.—Prototipos de morteros: Mortero ático (1), mortero corintio (2), mortero etrusco (3), mortero campano(4), mortero centroitalico (D.1) (5) y mortero centroitalico (D.2) (6).

nos y centro itálicos las que se exportan y difunden⁴. Tecnológicamente estos morteros difieren significativamente entre sí; mientras los morteros campanos presentan pastas rojizas y marronáceas con desgrasante de origen volcánico —el mismo que se observa en la producción de platos de engobe interno rojo pompeyano—, los realizados en los talleres del centro de Italia tienen pastas bastante depuradas, de colores que oscilan entre el beige y el rosa. Tipológicamente los morteros campanos (fig. 1.4) tienen bordes de sección triangular, pico vertedero y fondos planos con incrustaciones de piedrecitas en la parte interna al igual que los morteros griegos (Aguarod, 1991:123); pueden presentar una decoración con digitaciones a bandas en el borde, similares a las que presentaban los morteros corintios. Su cronología no está del todo clara, en Lattes estos morteros se documenta entre los siglos III y I a.C. (Bats, 1993b:357). En cuanto a los morteros centro-itálicos exportados, estos han sido tradicionalmente divididos en dos tipos; los Dramont 1 (D.1) (fig. 1.5) y los Dramont 2 (D.2) (fig. 1.6) (Aguarod, 1991:121). Los Dramont 1 están caracterizados por su borde horizontal engrosado con un baquetón en la parte interior del mismo (Aguarod, 1991:129). Tienen pico vertedero y en la parte interna del fondo hay una capa de arena dura. Cronológicamente se pueden situar entre el siglo I a.C. y la segunda mitad del I d.C. (Aguarod, 1991:137). Los Dramont 2, son morteros producidos ya en época altoimperial, de borde vuelto o colgante de grandes dimensiones con una ranura muy marcada en la unión del borde con la pared interior y su pico vertedero. Su fondo es ápedo, con un fuerte engrosamiento interno en la parte de la unión con la pared. Como el tipo D.1 también tiene en el fondo interno una capa de arena dura (Aguarod, 1991:140).

LA PRODUCCIÓN E IMPORTACIÓN DE MORTEROS EN EL SUR DE LA PENÍNSULA ÍBERICA (SS. IV - I A.C.)

Reconocer la presencia de los morteros en el Mediodía peninsular anterior a las producciones altoimperiales no es tarea fácil, sobre todo porque la información que poseemos de la Baja y Alta Andalucía difiere considerablemente, lo que hace que el conocimiento tanto diacrónico como espacial no sea igualitario.

No contamos con las suficientes evidencias arqueológicas como para afirmar que el mortero no fuese usado por las poblaciones ibéricas de la Alta Andalucía. Algunos autores han llegado a afirmar la ausencia de estas formas en algunas sociedades como la celta y la ibérica, o en la Italia septentrional (Gómez, 2000:114-115). Los únicos morteros documentados en la Alta Andalucía son los de Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada), localizados en contextos del Ibérico Pleno (fig. 2.1) (Román y Mancilla, 2008:175, fig. 9.24; Carrasco *et al.*, 1981:307-354). Sin embargo, la pre-

4. Junto a estos morteros en Italia se documentan otras producciones de morteros locales y regionales que nunca llegaron a ser exportados y que no debemos obviar. Entre los principales estudios sobre estas producciones hay que destacar el trabajo de G. Olcese sobre las cerámicas comunes de Roma y su entorno más próximo (Olcese, 2003).

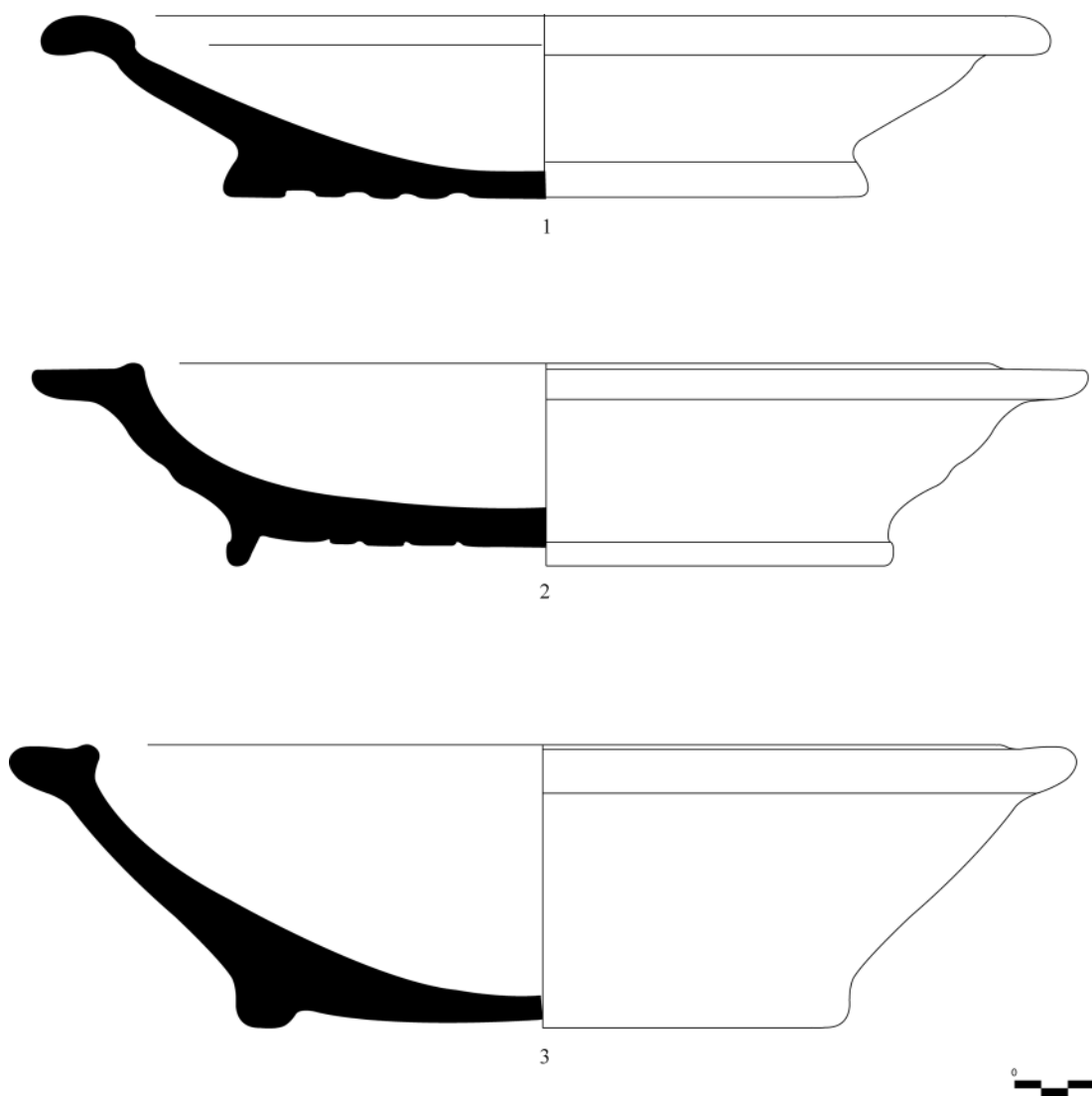


Fig. 2.—Morteros procedentes de Cerro de la Mora (1) (Román y Mancilla, 2008:175, fig. 9.24), Pajar de Artillo (2) (Ferrer y García, 2008:214, fig. 5.1) y mortero GDR 3.1.1 (3) (Sáez, 2005:175, fig. 1 GDR 3.1.1).

sencia de esta forma en los repertorios de cerámicas comunes del mundo turdetano⁵ parece un hecho constatado, documentándose en yacimientos como Pajar de Artillo

5. La cerámica común turdetana ha sido definida como aquellas producciones que no ha recibido pintura e incluye las cerámicas realizadas en asentamientos turdetanos con independencia de quienes los habiten (Ferrer y García, 2008:201).

(Santiponce, Sevilla) (fig. 2.2) (Ferrer y García, 2008:214, fig. 5.1 y 5.2). Se trata de unos recipientes fuertemente exvasados de paredes robustas. Sus bordes que pueden ser redondeados con un apéndice vertical para los ejemplares más antiguos, datados en el siglo III a.C. Mientras, los más recientes, que llegan hasta mitad del II a.C., presentan bordes de sección cuadrangular (Ferrer y García, 2008:211). Las características morfológicas de los morteros turdetanos no difieren demasiado de los descritos para los morteros púnico-gadirita⁶, en cuya área de influencia político-cultural, se sitúa otra zona de producción alfarera distinguible en estos momentos en el Sur peninsular. Dentro de los morteros púnico-gadiritas se ha venido identificando dos tipos, el GDR 3.1.1 y el GDR 3.2.1 (Sáez, 2005). El primero (fig. 2.3) es un mortero de pared ancha, labio con visera y pie anular, que en ocasiones pudo tener pico vertedero. Su diámetro es bastante amplio, entre 35 y 40 cm, y su cronología abarca desde el siglo IV al II a.C. (Sáez, 2005:152). En el alfar gaditano de Villa Maruja se han localizado los primeros ejemplares de este tipo, así como en Castillo de Doña Blanca (Ruiz y Molinos, 1993:57). Se trata, a su vez, de morteros que recogen las influencias de las cerámicas púnico-ebusitanas. El segundo tipo, el GDR 3.2.1, es de fondo externo estriado y su cronología es similar a la del tipo anterior (Sáez, 2005:152-153).

Resulta significativo ver el parecido formal entre el tipo GDR 3.1.1. y los ejemplares del Cerro de la Mora o los del Pajar de Artillo, patente sobre todo en la configuración de los bordes y en el recurso de las estrías en el fondo exterior. A la vista de estos ejemplares podemos deducir que la tradición feno-púnica no se debe ser obviada, ya que sus repertorios vasculares debieron influir en las comunidades indígenas del Bajo Guadalquivir a la hora de emplear y producir formas como los morteros o las jarras. Desde hace algunos años se han realizado grandes esfuerzos centrados en el análisis de las cerámicas comunes turdetanas, lo que ha llevado a los investigadores a distinguir una doble influencia en sus repertorios, la orientalizante, de la que es heredera el uso de una serie de formas cerámicas como las ollas y o las marmitas, y la púnico-gadirita, sobre todo a partir del siglo IV a.C. (Ferrer y García, 2008:212). Más difícil resulta atribuir a una producción local la presencia de este tipo de morteros de fondo externo estriado en el Cerro de la Mora ya que, aunque también en los últimos años se ha empezado a analizar las cerámicas comunes de época prerromana en la zona, el estado de la cuestión se presenta aún muy embrionario (Román y Mancilla, 2008).

Junto a estas producciones de morteros púnico-gadiritas y turdetanos se han documentado morteros de procedencia itálica. Los que fueron importados primero son los de origen campano cuya presencia se encuentra muy relacionada, como ya hemos indicado más arriba, con el proceso de conquista de la Península Ibérica, localizándose en yacimientos como Ampurias entre el 175 y el 125 a.C. (Aguarod, 1991:123) o en Sevilla (Sánchez, 1995:265) donde pudieron llegar hasta mediados del siglo I a.C.

6. Las cerámicas comunes púnicas en el Mediterráneo Occidental se suele distinguir en tres grupos o producciones. La conocida como común púnica, cerámica común púnica del Mediterráneo Noroccidental, distribuida por toda la costa mediterránea francesa, la común ebusitana y las cerámicas comunes púnicas producidas en la Península Ibérica (Adroher, 1993:374). Dentro de ellas se distinguen tres focos de producción, la zona de Cartagena, la costa granadina, y el área de Cádiz (Adroher, 2008:193).

Este mortero fue imitado en la Península dando como resultado los morteros “tipo Azaila”. También encontramos morteros centroitálicos D.1 en la Península desde mediados del siglo I a.C. hasta mediados del I d.C. Fueron imitados en los talleres de *Celsa* (Velilla del Ebro, Zaragoza) y *Caesaraugusta* en el valle de Ebro (Aguarod, 1991:140). No son frecuentes en el Sur peninsular, o no se han identificado por el momento. El tercer tipo de mortero itálico, el Dramont 2 comenzó a producirse hacia el 40 d.C., siendo entre los reinados de Claudio y Nerón cuando se produce el mayor pico de exportación (Aguarod, 1991:177-179). Fueron importados por todo el Imperio y en la Península Ibérica se conocen imitaciones en la *Tarraconense*, concretamente Ampurias, Tarazona, *Arcobriga* (Monreal de Ariza, Zaragoza) o *Iuliobriga* (Campo de Enmedio, Cantabria) (Aguarod, 1991:181-182). Los morteros centroitálicos se conocen en la Baja Andalucía en Córdoba, *Munigua*, Sevilla, Jerez de la Frontera o en *Carteia* (Sánchez, 1995:265); mientras, en Andalucía Oriental no se ha analizado su difusión. Sólo en Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba) se localizaron unos morteros que, por sus pastas, fueron clasificadas como una importación pero no itálica —los autores del estudio apostaron porque se tratase de morteros de origen púnico— (Vaquerizo *et al.*, 2001:213).

Con los datos expuestos más arriba podemos determinar que la introducción de los morteros cerámicos en el sur peninsular se realizó por dos vías. Los primeros morteros fueron empleados por las poblaciones fenicias del Sur peninsular, siendo más tarde incorporados a los repertorios de cerámicas púnicas del área gaditana. La producción y uso de los morteros se difundió a ámbitos turdetanos como resultado de la llegada de los morteros gadiritas a través del comercio o simplemente, como puesto de manifiesto, “a partir de una realidad multicultural cada vez más compleja” (Ferrer y García, 2008:212). La segunda vía de entrada, tiene que ver con la llegada de los morteros itálicos, que también debió influir en la producción de morteros turdetanos a partir del siglo II a.C. Es el momento en que estos morteros presentan bordes de sección cuadrangular similares a los de los morteros D.1 (Ferrer y García, 2008:211). De nuevo, la falta de información sobre la Alta Andalucía no nos ayuda demasiado a comprender el momento en el que se introduce el uso y la producción de mortero. Hasta el momento sólo contamos con referencias a la presencia de morteros en contextos tardorepublicanos de los yacimientos citados de Cerro de la Mora y Cerro de la Cruz, y los procedentes del poblado ibérico de Castellones del Ceal (Hinojares, Jaén) (Mayoral, 1996). A pesar de este dato, lo más probable es que el uso generalizado del mortero al menos en el Alto Guadalquivir, y posiblemente en el resto de la Alta Andalucía⁷, fuera tardía y muy relacionada con la producción de cerámica común romana en Los Villares de Andújar (Andújar, Jaén), ya en el siglo I d.C.

7. Recientemente se ha excavado parcialmente un centro productor de cerámicas del siglo I a.C. en Granada —asentamiento productivo de Parque Nueva Granada— en el que no se ha documentado la forma mortero (Ruiz *et al.*, e.p.)

LAS PRODUCCIONES ALTOIMPERIALES DE MORTEROS EN LA BÉTICA: CENTROS PRODUCTORES, DISTRIBUCIÓN Y USOS

El siglo II a.C. supone, como hemos visto más arriba, la introducción en el sur de la Península Ibérica de las primeras importaciones de cerámicas comunes procedentes de Italia. Junto a estas importaciones de cerámica común y de cocina itálicas, siempre minoritarias porcentualmente, se documentan las producciones de origen local y regional.

Sin embargo, a partir de época augustea se observa un cese progresivo de estas importaciones itálicas (Sánchez, 1998:275). A su vez, la producción de cerámicas comunes locales se homogeneiza a raíz de la producción en talleres como *Celti* (Peñaflor, Sevilla) o Los Villares de Andújar, apareciendo cada vez en mayor porcentaje en yacimientos como *Munigua*, Itálica (Santiponce, Sevilla), Cástulo (Linares, Jaén), Cercadilla (Córdoba) o *Lacipo* (Casares, Málaga). Estas producciones, que comprenden tanto cerámicas de cocina como cerámica común calcárea utilizada para el almacenaje y la preparación de las comidas, se desarrollan durante todo el siglo I d.C. y principios del siglo II d.C., pudiéndose detectar en ellas una cierta estandarización de formas como los cuencos, los lebrillos o las jarras (Serrano, 2008; Peinado, 2010), y dentro de ellas los morteros. Ya en 1973 M. Vegas observó como en el Sur peninsular se podía localizar esta forma cerámica con unas características técnicas y formales muy particulares, e incluso fijó la cronología de los mismos en el siglo I d.C (Vegas, 1973). A partir de la publicación del trabajo de M. Vegas los morteros surcados por estrías de fricción comenzaron a identificarse como morteros béticos, siendo varias las ocasiones en que han sido objeto de estudio, destacando los trabajos de E. Serrano (1978, 1995, 2000) o aquellos centrados las cerámicas comunes romanas del alfar de Los Villares de Andújar (Peinado, 2010), sin dejar de mencionar las aportaciones de J. C. Quaresma (2006), I. Vaz Pinto (2006) y R. Morais (2004), fundamentales para el conocimiento de los morteros béticos en la Lusitania.

Las características morfológicas de estos morteros béticos altoimperiales son relativamente uniformes. El cuerpo, inclinado, tiene en la zona interna de la pared una serie de acanaladuras paralelas, siendo este el rasgo que los diferencia formalmente de otros morteros altoimperiales —en un mosaico documentado en Marbella se conserva una representación de este tipo de mortero (fig. 3)—. Los bordes, que suelen presentar pico vertedor, varían sensiblemente entre los distintos centros productores, pudiendo estar más o menos trabajados, en algunos casos, con un pequeño baquetón en la parte superior del labio. El fondo cuenta con un pie anular diferenciado, de sección triangular, aunque también puede haber ejemplares ápodos. Podemos decir que, en esencia, la forma de estos morteros béticos no difiere demasiado de los D.1 y D.2, sobre todo de aquellos que presentan borde vuelto, pico vertedor y baquetón. Tampoco difieren de los morteros de tradición turdetana y púnica. La mayor diferencia entre ellos son las estrías de fricción del fondo interno que no aparecen en ninguno de los ejemplares anteriores; estas estrías de fricción sí aparecen en morteros protohistóricos de Mallorca (Guerrero, 1999:45-46, fig. 79-81). No obstante remontarse a una posible influencia entre nuestros morteros y éstos resultaría poco factible. En este sentido, es interesante analizar el trabajo de R. Morais (2004) sobre los morteros importados de *Bracara*

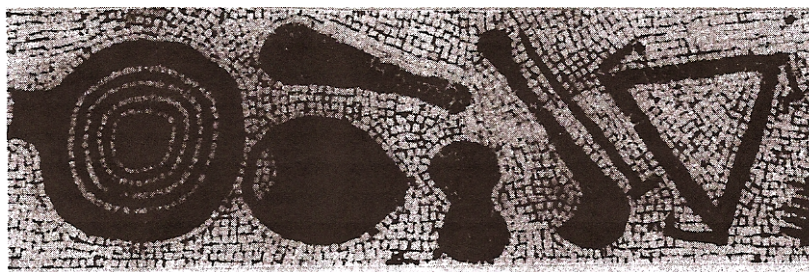


Fig. 3.—Detalle del mosaico de la villa de Río Verde (Marbella) (Balil, 1983:172, lam. I).

Augusta (Braga, Portugal), donde se recoge una serie de morteros béticos clasificados por el autor en tres grupos. Nos interesa especialmente el primer grupo, similar al tipo D. 1, fechado en *Bracara Augusta* entre Augusto y Tiberio (Morais, 2004:568, fig. 2). Estos morteros presentan la misma forma que los morteros turdetanos más tardíos (Ferrer y García, 2008:214, fig. 5.1) pero sin presentar aún estrías de fricción en el fondo interno, sino incrustaciones de arena. Junto a ellos, el tipo o grupo II (fig. 4.2) (Morais, 2004:568, fig. 3, 4 y 5), con distinta tipología de borde, en su mayoría engrosados, ya sí que poseé estrías de fricción. Estos morteros se documentan en momentos preflavios. La morfología que presenta el tipo II es conocida también en Córdoba (fig. 4.1) (Vargas y Moreno, 2002-2003:218, 221, fig. 6) y en *Lacipo* (Puertas, 1982:238, fig. 161. 35), si bien no han sido localizados en yacimientos de la Alta Andalucía. El grupo III se caracteriza por tener bordes engrosados de sección triangular de los que sólo se ha documentado tres ejemplares, sin que se aporten apreciaciones cronológicas (Morais, 2004:569, fig. 6. 27, 6. 28 y 6. 29).

En cuanto a las características de las pastas, dependerá de los talleres pero todos poseen pastas calcáreas de colores que van del beige al amarillo. J. C. Quaresma distinguió la procedencia de los morteros béticos del Valle del Guadalquivir y la costa gaditana localizados en la Lusitania a partir de la similitud con las pastas de las ánforas (Quaresma, 2006).

Centros productores

Estos morteros se produjeron en diversos talleres de la Alta Andalucía como Los Villares de Andújar, Carmen de la Muralla (Albaicín, Granada), Cartuja (Granada), o en los talleres de la Depresión de Antequera. Se conoce la existencia de alfares productores de morteros en el Valle de Guadalquivir, la costa gaditana —no obstante, las producciones de morteros de estas áreas han sido menos trabajadas que las de los talleres de la Alta Andalucía— y la costa oriental de Andalucía, si bien estos últimos son más tardíos.

Uno de los centros productores mejor conocidos de la Bética es el de los Villares de Andújar, donde se elaboraron dos tipos de morteros. El comro-bet 3.1 (fig. 4.3), fechado hacia mediados del I d.C. y caracterizados por su borde engrosado arriño-

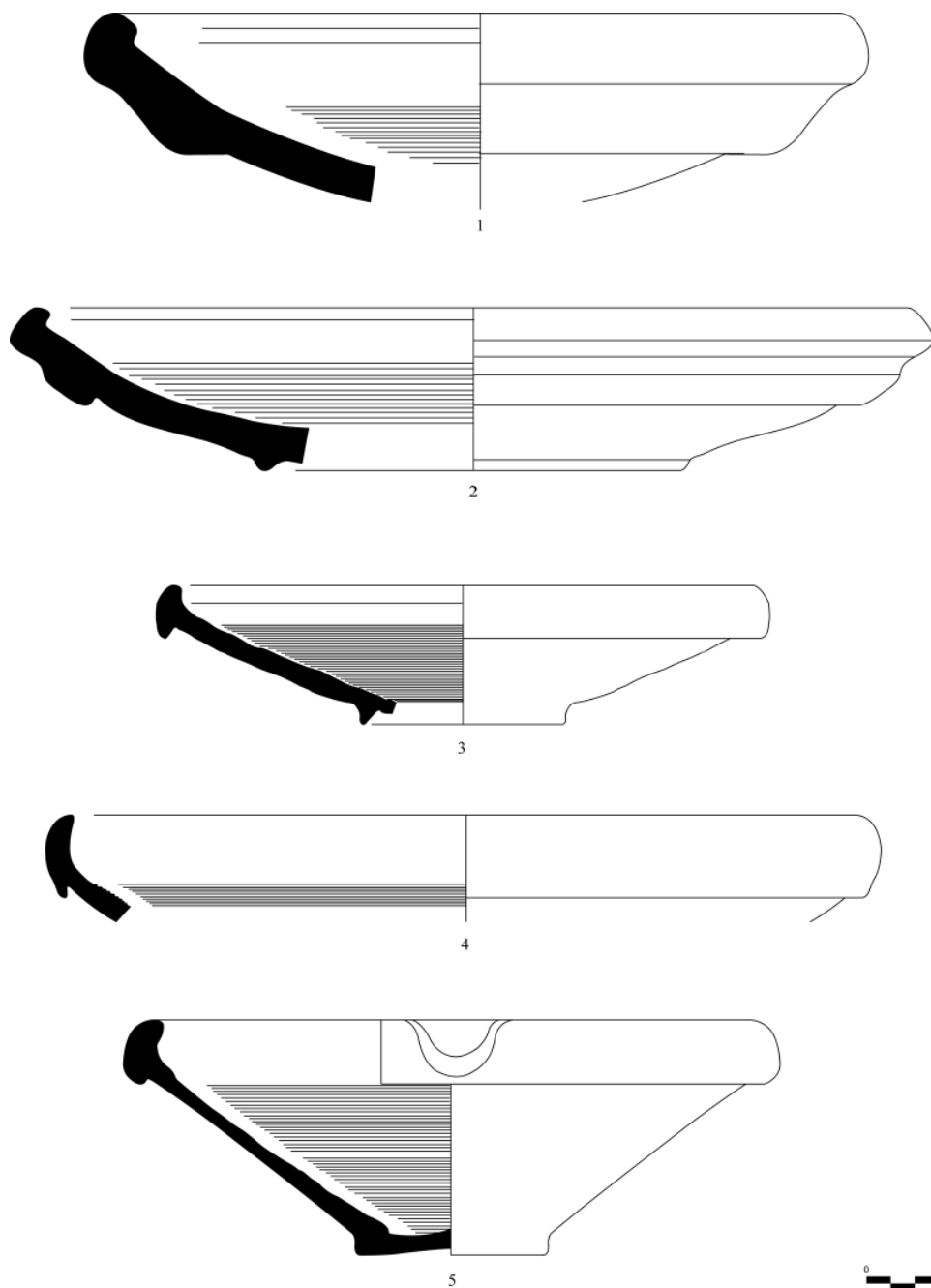


Fig. 4.—Morteros béticos altoimperiales. Morteros de borde engrosado y labio entrante documentados en Córdoba (1) (Vargas y Moreno, 2002-2003:221, fig. 6) y *Bracara Augusta* (2) (Morais, 2004:fig. 3.8). Morteros de borde arriñonado procedentes de Los Villares de Andújar (3) (Peinado, 2010:201, fig. 4.10.1), Córdoba (4) (Moreno, 1997:193, fig. 79) y Mérida (Sánchez, 1992:fig. 5.11).

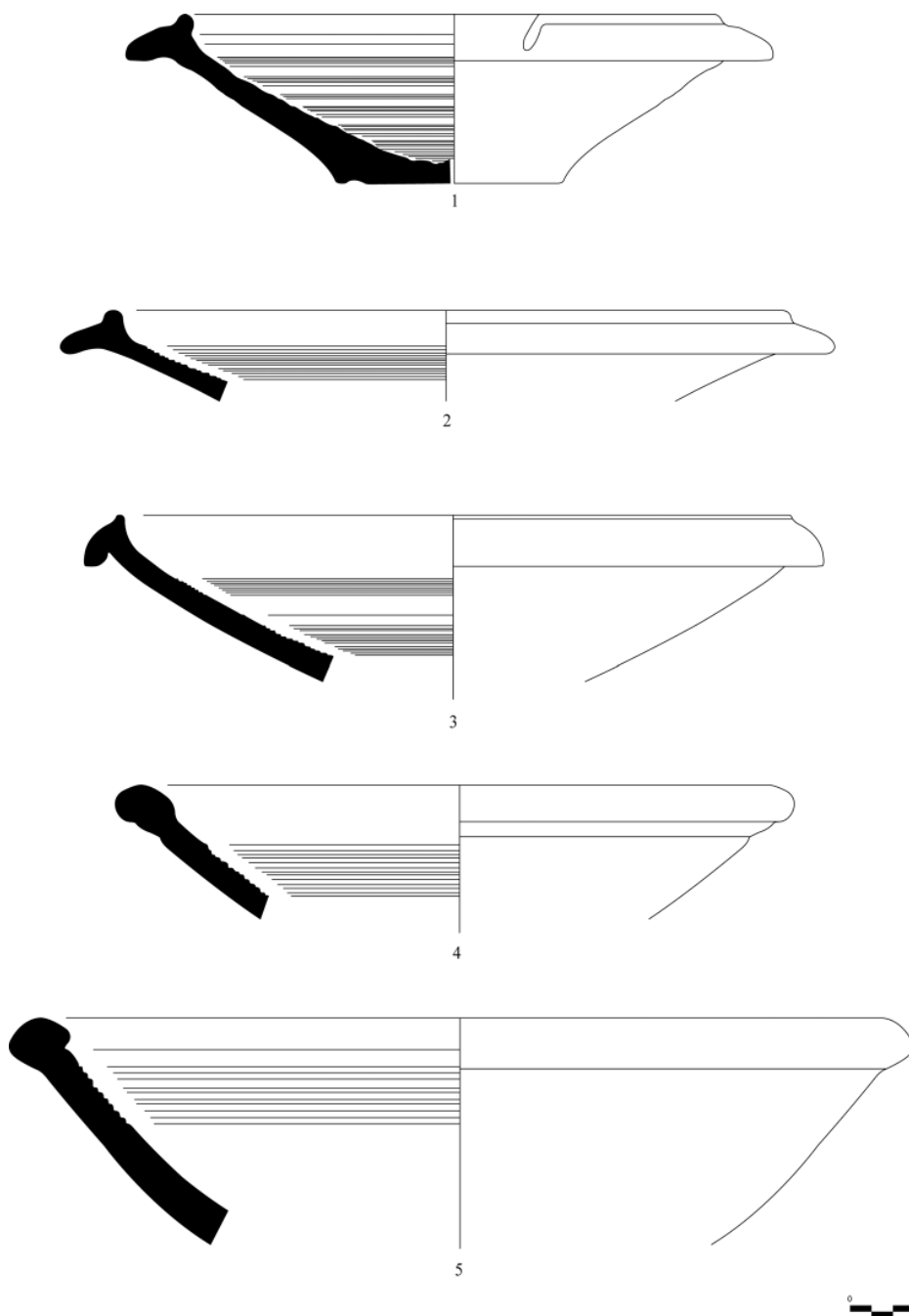


Fig. 5.—Morteros béticos altoimperiales. Mortero de borde con visera y baquetón documentados en Los Villares de Andújar (1) (Peinado, 2010:201, fig. 4.11.2), Córdoba (2) (Moreno, 1997:192, fig. 78) y São Cucufate (3) (Pinto, 2006:173, fig. 2.15). Morteros de borde engrosado procedentes de Munigua (4) (Vegas, 1973:31, fig. 14) y São Cucufate (5) (Pinto, 2006:171, fig. 1.2).

nado, presentando, en algunos casos, un pequeño baquetón en la parte superior del labio. Tiene un fondo con un pie anular diferenciado, de sección triangular (Peinado, 2010:138). El segundo tipo, comro-bet 3.2 (fig. 5.1) es más frecuente en los contextos de vertedero de Los Villares de Andújar, y se diferencia del anterior en el mayor grosor de las paredes, en el borde con visera, en cuya parte superior tiene un baquetón que forma una acanaladura a modo de pico vertedero, y en el fondo que es ápodo, recto y con una pequeña acanaladura en el plano de apoyo. Ambos tipos presentan unas pastas de color beige oscuro L50⁸. La mayor parte de las inclusiones son blancas y opacas, menor de 0,5 mm, se aprecian por toda la matriz y en gran cantidad. La fractura es recta pero algo rugosa. La superficie está bastante cuidada y la tonalidad es algo más clara que la pasta (K30 o K51) (Peinado, 2010:131). Cronológicamente este tipo se produjo durante toda la segunda mitad del siglo I d.C. hasta inicios del siglo II (Peinado, 2010:139).

Los morteros del alfar de Cartuja presentan bordes prácticamente horizontales o con visera y picos vertederos muy simplificados, paredes oblicuas, y fondos planos o con pies poco señalados (Serrano, 1978:244-245, 1995:231). Las pastas en que se realizaron son de color ladrillo, rosáceas, amarillo ocre y grisáceo. La superficie está muy cuidada y en algunos casos engobada (Serrano, 1978:244). A su vez, los morteros de Carmen de la Muralla son muy similares a los de Cartuja (Sotomayor *et al.*, 1984:44 y fig. 32, n.º 139; Fernández García, 2004:204), su cronología abarca desde entre el último cuarto del siglo I d.C. hasta un momento no muy avanzado del siglo II d.C. (Serrano, 1999:141; Fernández García, 2004:214). Los morteros producidos en los talleres malagueños de El Castellón, Termas de Santa María, Peñarrubia y Teba también presentan una cronología y una forma muy similar a los anteriores (Serrano, 1997:221).

Otros centros productores de morteros conocidos en la Bética son los del Hospital de las Cinco Llagas-Parlamento de Andalucía (Sevilla) (Huarte, 2003:220-236) o el recientemente localizado en Córdoba, en la zona norte, en la parcela 2.12 del Plan Parcial de Renfe (Valera, 2005:67-77).

Más tardíos son los morteros de Torrox-Costa (Serrano, 2004:184), Huerta del Rincón (Serrano, 2004:183), y los de los yacimientos granadinos de Los Matagallares, donde se documentan dos tipos de morteros, los de visera con borde de sección triangular, de segunda mitad del siglo III d.C., pero ya sin estrías de fricción (Bernal, *et al.*, 1998:336-338) y los de alero plano (Bernal, *et al.*, 1998:337-338) y los Cañada de Vargas, algunos de ellos con estrías de fricción. Su cronología es de entre fines de I d.C. hasta principios de siglo III d.C. (Ruiz y Serrano, 2009:122).

La distribución

Siempre que nos enfrentamos al estudio de la difusión de las cerámicas comunes encontramos que la información es escasa, especialmente si se trata de producciones

8. Colores según el *Code des Couleurs des Sol de Cailleux (s/f)*.

locales y regionales, ya que estas debieron consumirse en el entorno próximo al que fueron fabricadas (Olcese, 2003:66). Los morteros, incluidos dentro de las vajillas de cerámica común, parecen haber corrido mejor suerte que otras formas menos estandarizadas. Gracias a ello, aparecen de forma más constante en las publicaciones. De este modo, los morteros con estrías de fricción producidos en la Bética en el Alto Imperio, identificados desde los trabajos de M. Vegas, han sido documentados prácticamente en todo el sur de la Península Ibérica, abarcando la Bética y parte de la Lusitania.

Es interesante constatar los hallazgos de morteros con estrías de fricción de *Sisapo* (Almódovar del Campo, Ciudad Real); que sin bien no son identificados como béticos (Fernández Ochoa *et al.*, 1994:127; 222, fig. 32.61), sí nos ayudan a analizar como este tipo de morteros son los empleados más frecuentemente en los ajuares domésticos meridionales. Otro ejemplo son los morteros documentados en *Munigua*, fechados entre la segunda mitad y el tercer cuarto del siglo I d.C. (Vegas, 1973:31, fig. 10.14 y 10-15; 33). En Córdoba los morteros con estrías de fricción están sobradamente documentados en Cercadilla (Moreno, 1997:192, fig. 78; 193 fig. 79), en el sector meridional (Vargas y Moreno, 2002-2003:218; 221 fig. 6) o en el *Vicus Occidental* (Vargas, 2000:199, fig. 3). En *Lacipo* también se documentan con frecuencia (Puertas, 1982:237) y en *Turobriga* (Aroche, Huelva), en el límite entre la Bética y la Lusitania (O'Kelly, 2007:347; 351, fig. 5). En Cástulo, los morteros béticos con estrías de fricción son fechados a partir de la segunda mitad del siglo I d.C., como sucede en el nivel I del sondeo V fechado en época flavia (Fernández Uriel, 1984:71, fig. 32.120) y en el nivel II (Fernández Uriel, 1984:85, fig. 45, 259, 260, 258, 261) de época neroniana (Fernández Uriel, 1984:117).

Ya en la Lusitania⁹ la presencia de morteros con estrías de fricción es conocida en Mérida, donde se documentaron una serie de morteros de borde arriñonado similares al tipo com-bet 3.1 de Los Villares de Andújar (Sánchez, 1992:25-26; fig. 5.11, 5.12 y 5.13), siendo más que probable que se produjeran allí, tal y como se constata en un vertedero excavado en la calle Constancio (De Álvaro y Molano, 1995:289, fig. 10; 290). En *Mirobriga* (Santiago do Cacém, Portugal) se ha estudiado un conjunto de morteros de producción local o regional de labio vertical junto a importaciones béticas (Quaresma, 2006). En *Bracara Augusta* se documentan las producción itálicas de morteros D.1 y D.2 junto a gran cantidad de morteros de origen bético donde, de los 75 ejemplares documentados, sólo dos presentan pasta atribuidas al Valle del Guadalquivir, el resto son de la Bahía de Cádiz (Morais, 2004). En la villa romana de São Cucufate (Vila de Frades, Portugal), junto a la presencia de morteros de origen bético, se han documentado, dentro de la producción de cerámicas comunes lusitanas, morteros con estrías de fricción. También se han estudiado los morteros de origen bético de la Bahía de Cádiz o el Valle del Guadalquivir en Chão Salgados (Quares-

9. A modo de resumen, J. C. Quaresma ha dividido tipológicamente los morteros, tanto los importados como los locales, documentados en la Lusitania desde época republicana hasta el Alto Imperio. Dentro de los ejemplares altoimperiales hay tres tipos; los de *labio reentrante* con tres fases, siendo los pertenecientes a la fase 2 muy similares al tipo comro-bet 3.1 de Los Villares de Andújar —según el autor sería producidos también en la Lusitania pero algo más tarde que en la Bética—. Los de borde *en martelo* y los de *borde arredondado* (Quaresma, 2006).

ma, 2006:165, figs. 25 y 26), en Povos con morteros de borde reentrante (Quaresma, 2006:162, fig. 5) o Santarém donde se ha documentado la presencia de morteros de origen bético (Quaresma, 2006:154).

Funcionalidad y uso

La utilización de la vajilla cerámica ha sido relacionada con dos actividades principales, con la preparación y el consumo de comidas y con el desarrollo de rituales. Estos usos implican a la vajilla cerámica en el ámbito de la alimentación, la muerte y el mundo sacro, localizándose, por ello, tanto en zonas de hábitat, como en necrópolis y santuarios (Bats, 1987:198). Ahora bien, el artesano cuando realiza un vaso lo piensa con una funcionalidad, será luego el poseedor el que lo emplee con esta función primaria o bien los dote de otra. El mortero fue, en este sentido, elaborado para cumplir la función de maceración del cereal y la de mezclar ingredientes para la preparación de diversas recetas y salsas. Por este motivo, la mayor parte de los morteros citados en este texto proceden o están relacionados con contextos domésticos. Junto a estos, cada vez son más y mejor conocidos los contextos culturales y funerarios en lo que aparecen morteros, siendo el caso de las necrópolis púnicas de Cádiz, unos de los mejor estudiados. En ella, los morteros, junto con lebrillos, ollas y cazuelas, forman parte de un repertorio vascular, compuesto además por cerámicas “tipo Kuass”, ánforas, y las denominadas como cerámica fina, que aparece sistemáticamente repetido en los pozos rituales fechados durante el siglo III a.C. (Niveau de Villedary, 2003:4). La presencia de cerámicas comunes en estos pozos rituales, con un porcentaje muy similar al de otras clases cerámicas presente en ellos, han sido interpretados como el resultado de actividades de preparación y cocción de alimentos (Niveau de Villedary, 2003:21). Además del empleo de estos morteros de origen púnico-gadirita en los pozos rituales de las necrópolis de *Gadir*, se ha registrado la presencia de morteros béticos con estrías de fricción en el santuario periurbano de Las Atalayuelas (Fuerte del Rey-Torredelcampo, Jaén) fechado entre el siglo II a.C. hasta el siglo I d.C (Rueda, 2008:453-698).

DISCUSIÓN

El análisis realizado en este trabajo sobre la producción de morteros béticos altoimperiales nos lleva a finalizar con las siguientes reflexiones.

En primer lugar, tras revisar las distintas obras en las que se estudia los morteros en el sur de la Península Ibérica, lo primero que llama la atención es el conocimiento desigual entre la zona oriental —la Alta Andalucía— y la occidental, —la Baja Andalucía—. De este modo, han sido analizadas en profundidad las producciones e importaciones de morteros para época republicana en la Baja Andalucía, mientras la producción de morteros de época altoimperial es mejor conocida en la Alta Andalucía. No obstante, de la parte más occidental de la Bética hoy día conocemos bien la distribución de los morteros altoimperiales siendo, paradigmático el caso de Córdoba donde la producción y la distribución de los mismos ha sido especialmente analizada.

La tipología de los morteros producidos en la Bética en el Altoimperio es otra de las cuestiones en las que hemos incidido. Llegados a este punto, podemos afirmar que los morteros producidos en este momento cronológico presentan, como denominador común, la superficie interna estriada. Pero, no sólo podemos circunscribir su área de producción a la Bética, puesto que también se produjeron en la Lusitania, lo que nos habla de una moda o gusto muy extendido por el sur de la Península Ibérica. No obstante, es posible que la producción de morteros lusitanos con estrías de fricción se produjese después de la llegada de morteros de esta tipología procedentes de la Bética. Sin embargo, al no conocerse los talleres del Bajo Guadalquivir de donde proceden los morteros documentados en la Lusitania se hace difícil llegar a afirmar esto. Por otra parte, no hemos podido determinar la causa que llevó a los alfareros béticos a prescindir de otras superficies abrasivas para los morteros, como la inclusión de pequeñas piedrecitas y arena en el fondo interno, por las estrías de fricción. Igualmente complicado resulta realizar una tipología de estos morteros por la diversidad de borde. A pesar de ello, proponemos una clasificación de estos bordes en cuatro grupos, lo que nos ayudará a agrupar mejor los distintos tipos de morteros béticos.

El primer grupo lo componen los morteros de borde engrosado con labio entrante. Han sido documentados en Córdoba (fig. 4.1) (Vargas y Moreno, 2002-2003:fig. 6) y los podemos corresponder con la forma *bordo arredondado* Fase I de Quaresma (2006:165, fig. 22 y 23) y el grupo II A de R. Morais (fig. 4.2) (2004:568, fig. 3). Cronológicamente, este tipo de morteros han sido fechados en Córdoba, a partir del hallazgo de un vertedero situado extramuros de la *Colonia Patricia*, entre los reinados de Augusto y Tiberio (Vargas y Moreno, 2002-2003). R. Morais recoge la cronología de Abul (Portugal) fechando este tipo también entre Augusto y Tiberio. J. C. Quaresma data los ejemplares de *Braga* en momentos preflavios, y entre mediados y finales del I d.C. para los morteros de Santarém (Quaresma, 2006:157). Este tipo no ha sido documentado en la Alta Andalucía ni en Mérida.

Un segundo grupo de morteros lo forman los morteros de borde arriñonado, pudiendo presentar pico vertedero. La producción de este tipo de morteros está constatada en Los Villares de Andújar (fig. 4.3) (Peinado, 2010:201, fig. 4.10.1) —tipo comrobet 3.1— y en Mérida (fig. 4.5) (De Alvaro y Molano, 1995:289, fig. 10; 290). Se documentan más escasamente en la Lusitania (Quaresma, 2006:163 fig. 11 y 12). Los producidos en Los Villares de Andújar han sido fechados a mitad del siglo I d.C. Los mismos también han sido documentados en Córdoba (fig. 4.4) (Moreno, 1997:193, fig. 79) hacia la segunda mitad del I d.C.

El tercer grupo agruparía los morteros de borde con visera y baquetón. Su producción es de sobra conocida en los talleres de la Alta Andalucía como Los Villares de Andújar (fig. 5.1) (Peinado, 2010:202, fig. 4.11, 203, fig. 4.12) —tipo comrobet 3.2— donde han sido localizados en contexto de vertedero fechados entre mitad del I d.C. e inicios del II d.C., Cartuja (Serrano, 1978:259, fig. 2.13- 2.19), o en distintos alfares de la Depresión de Antequera (Serrano, 2000:100, fig. 13). En la Cañada de Vargas también se produjo este tipo de morteros, algunos sin estrías de fricción y en contextos que van de finales del I d.C. hasta el III d.C. (Ruiz y Serrano, 2009:119, fig. 3.6 y 3.7). Estos morteros han sido documentados en Córdoba, en Cercadilla (fig. 5.2) (Moreno, 1997:192, fig. 78) en contextos de la segunda mitad del I d.C.

Este tipo se puede relacionar con la forma IV-C-1 de la villa romana de São Cucufate (fig. 5.3), documentados en contextos que van del II d.C. al IV d.C. (Pinto, 2006:173, fig. 13-16).

El último grupo, muchos menos frecuente, lo componen los morteros de borde engrosado cuyos ejemplares más conocidos son los São Cucufate, forma IV-A-2 de I. Vaz Pinto (fig. 5.5) (Pinto, 2006:171, fig. 1) fechados entre la segunda mitad del siglo I d.C. hasta el segundo tercio del II d.C. (Pinto, 2006:170-171). También se conocen ejemplares similares en *Munigua* (fig. 5.4) fechados en la segunda mitad del I d.C. (Vegas, 1973:31, fig. 14).

BIBLIOGRAFÍA

- ADROHER AUROUX, A. M.^a (1993): “Cerámique commune punique”, *Lattara*, 6, pp. 374-378.
- ADROHER AUROUX, A. M.^a (2008): “La cerámica de tradición púnica (siglos III-I a.C.)”, en D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (coords.): *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 189-201.
- ADROHER AUROUX, A. M.^a, CABALLERO A. y BARTUREN, F. J. (2001): “Capítulo 5. Materiales. La cerámica”, *Excavaciones Arqueológicas en el Albaicín (Granada). I. El Callejón del Gallo* (Adroher Auroux, A. M.^a y López Marcos, A., eds.), Granada, pp. 87-106.
- AGUAROD OTAL, C. (1991): *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*, Zaragoza.
- BALIL, A. (1983): “Un bodegón en mosaico hallado en Marbella (Málaga)”, *Baetica* 6, pp. 159-174.
- BATS, M. (1987): “Consommation, production et distribution de la vaisselle céramique”, *Revue des Études Anciennes* 88, 3-4, pp. 197-216.
- BATS, M. (1988): *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence. Modèles culturels et catégories céramiques*. Revue Archéologique de Narbonnaise, Supp. 18. París.
- BATS, M. (1993a): “Céramique commune grecque”, *Lattara* 6, pp. 345-350.
- BATS, M. (1993b): “Céramique commune italique”, *Lattara* 6, pp. 357-362.
- BERNAL CASASOLA, D. (1998a): “Las cerámicas comunes de producción local”, *Los Matagallares (Salobreña, Granada), Un centro romano de producción alfarera en el siglo III d.C.* (D. Bernal, ed./coord.), Ayuntamiento de Salobreña, pp. 307-362.
- CAILLEUX, A. (s/f): *Code des Couleurs des Sols*, París.
- CARRASCO RUS, J., PASTOR MUÑOZ, M. y PACHÓN ROMERO, J. A. (1981): “Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares del la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, pp. 307-354.
- CARRILLO, J. R. y MURILLO, J. F. (1996): “Un vertedero con cerámica africana de cocina en Colonia Patricia”, *XI Congreso Internacional L’Africa Romana*, Cartago, pp. 1301-1319.
- DE ALVARO GONZALO, M. y MOLANO BRÍAS, J. (1995): “Aportaciones al conocimiento de las cerámicas comunes altoimperiales en Augusta Emerita: El vertedero de la calle Constantino”, *Cerámica comuna romana d’època alto-imperial a la Península Ibérica. Estar de la qüestió* (Aquilue, X. y Roca, M., coords.) Monografies Emporitanes, VIII, pp. 281-295.
- DOSI, A. y SCHNELL, F. (1084): *A tavola con i Romani Antichi*, Roma.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M.^a I. (2004a): “Alfares y producciones de cerámica en la provincia de Granada. Balance y perspectivas”, *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. - VII d.C.)* (Bernal, D. y Lagóstena, L., coords.), Volumen I, B.A.R. International Series 1266, Oxford, pp. 195-238.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS PRIETO, M.; HEVIA GÓMEZ, P. y ESTEBAN BORRAJO, G. (1994): *Sisapo I: Excavaciones Arqueológicas en “La Bienvenida”*, Almodóvar del Campo (Ciudad Real), Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. (1984): “Capítulo II”, *“Cástulo IV”* (Blázquez, J. M.^a; Contreras, R. y

- Urruela, J. J.), *Excavaciones Arqueológicas en España* 131, pp. 53-119.
- FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2008): “Cerámica turdetana”, *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión* (Bernal Casasola, D. y Ribera i Lacomba, A., coords), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 201-221.
- GOMEZ, E. (2000): “Les mortiers du Languedoc occidental du VI au IV s. av. J-C”, *Documents d’archéologie méridionale* 23, pp. 114-143.
- GÓMEZ PALLARÉS, J. (1995): “*Instrumenta coquorum*. Els estris de la cuina en Apici (amb testimonis des Plaute a Isidor de Sevilla)”, *Cerámica romana d’època alto-imperial a la Península Ibérica. Estat de la qüestió* (Aquilue, X. y Roca, M., coords.), Monografies Emporitanes VIII, pp. 25-38.
- GUERRERO AYUSO, V.M. (1999): *La cerámica protohistórica a tono en Mallorca (s. VI-I a.C.)*, BAR International Series 770, Oxford.
- HARGIS, M. B. (2007): *A mortarium at Cetamura del Chianti in context*.
- HUARTE CAMBRA, R. (2003): “Las producciones de la figlina. Cerámicas comunes”, *Arqueología y rehabilitación en el Parlamento de Andalucía* (Vázquez Labourdette, A., coord.), pp. 220-237.
- MATEUCCI, P. (1986): “L’uso dei mortai di terracotta nell’alimentazione antica”, *Studi Classici e Orientali* XXXVI, pp. 239-277.
- MAYORAL HERRERA, V. (1996): “El hábitat ibérico tardío en Castellones del Ceal: Organización del Espacio y estructura socio-económica”, *Complutum* 7, pp. 225-246.
- MORAIS, R. (2004): “Os alfarizes béticos em Bracara Augusta”, *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. - VII d.C.)* (Bernal, D. y Lagóstena, L., coords.), Volumen II, B.A.R. International Series 1266, Oxford, pp. 567-570.
- MORENO ALMENARA, M. (1997): *La villa altoimperial de Cercadilla (Córdoba): Análisis arqueológico*, Arqueología Monografías 2, Sevilla.
- NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M. (2003b): “El uso ritual de la vajilla cerámica en la necrópolis púnica de Cádiz”, *Archivo Español de Arqueología* 76, pp. 3-30.
- O’KELLY SENDRÓS, J. (2007): “Cerámica Común Romana en Turobriga (Aroche, Huelva)”, *Vipasca, Arqueología e Historia* 2, 2.ª serie, pp. 312-319.
- OLCESE, G. (2003): *Ceramica comuni a Roma e in area romana: produzione, circolazione, e tecnologia (tarda età repubblicana-prima età imperiale)*, Documenti di Archeologia 28, Mantova.
- PEINADO ESPINOSA, M.ª V. (2010): *Cerámicas comunes romanas en el Alto Guadalquivir: El alfar de Los Villares de Andújar*, Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- PINTO, I. V. (2006): “A cerâmica comum bética das villas romanas de São Cucufate: uma revisão”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, Vol. 9, n.º 1, pp. 167-184.
- PUERTAS TRICAS, R. (1982): *Excavaciones arqueológicas en Lacipo (Casares, Málaga). Campañas de 1975 y 1976*, Excavaciones Arqueológicas en España 125, Madrid.
- QUARESMA, J. C. (2006): “Almofarizes béticos e lusitanos: revisão crono-morfológica de alguns tipos”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, Vol. 9, n.º 1, pp. 149-166.
- ROBINSON, H. S. (1959): *Pottery of the Roman Period. Chronology. The Athenian Agora*, Vol. V, Princeton.
- ROMÁN PUNZÓN, J. y MANCILLA CABELLO M.ª I. (2008): “Propuesta de sistematización de las cerámica ibérica de la Vega de Granada”, *Primer Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (Adroher Auroux, A. M.ª y Blánquez Pérez, J., eds.), *Comunicaciones*, Universidad Autónoma de Madrid. Serie Varia 9, pp. 163-177.
- RUEDA GALÁN, C. (2008): *Imagen y culto en los territorios ibéricos: El Alto Guadalquivir (siglos IV a.n.e-II d.n.e)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Jaén.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M (1993): *Los Íberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica / Arqueología, Barcelona.
- RUIZ MONTES, P. y SERRANO ARNÁEZ, B. (2009): “La Cañada de Vargas (Torrenueva, Granada): un nuevo centro productor de ánforas en la Costa oriental de Andalucía”, *Antiquitas* 21, 115-124.
- RUIZ MONTES, P., PEINADO ESPINOSA, M.ª V., AYERBE LÓPEZ, J. L., GÓMEZ TIMÓN, P., GARCÍA-CONSUEGRA FLORES, J. M.ª; MORCILLO MATILLAS, F. J.; GÓMEZ FERNÁNDEZ, A.; JIMÉNEZ DE CISNEROS MORENO, M.ª A.; LÓPEZ HERNÁNDEZ, R.; MARCON, C.; MORENO ALCAIDE, M. y SERRANO ARNÁEZ, B. (e/p): “Producción de cerámica en el ager iliberritanus hacia fines de la república: el

- asentamiento productivo de Parque Nueva Granada”, *I Congreso Internacional de la SECAH*.
- SÁEZ ROMERO, A. (2005): “Aproximación a la tipología de la cerámica común púnico-gadirita de los ss. III-II”, *Spal* 14, pp. 145-178.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, M. A. (1992b): *Cerámica común romana de Mérida (estudio preliminar)*, Serie de Arqueología extremeña 3, Cáceres.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, M. A. (1995): “Producciones importadas en la vajilla culinaria romana del Bajo Guadalquivir”, *Cerámica comuna romana d’època alto-imperial a la Península Ibérica. Estar de la qüestió* (Aquilue, X. y Roca, M., coords.), Monografies Emporitanes, VIII, pp. 250-280.
- SERRANO RAMOS, E. (1978): “Cerámica común romana del alfar de Cartuja (Granada)”, *Baetica* 1, Málaga, pp. 243-272.
- SERRANO RAMOS, E. (1995): “Producciones de cerámicas comunes locales de la Bética”, X. Aquilue y M. Roca (coords.): *Cerámica comuna romana d’època alto-imperial a la Península Ibérica. Estar de la qüestió* (Aquilue, X. y Roca, M., coords), Monografies Emporitanes, VIII, pp. 227-249.
- SERRANO RAMOS, E. (1997): “La producción cerámica de los talleres romanos de la Depresión de Antequera”, *Figlinae Malacinae*, Málaga, pp. 217-232.
- SERRANO RAMOS, E. (1999): “Centros productores de T.S.H. en las provincias de Granada y Málaga”, *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales* (Roca Roumens, M. y Fernández García, M.ª I., coords.), Universidad de Málaga, pp. 137-167.
- SERRANO RAMOS, E. (2000): *Cerámica común romana: siglos II a.C. al VII d.C. Materiales importados y de producción local en el territorio malacitano*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Málaga.
- SERRANO RAMOS, E. (2004): “Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Málaga. Balance y perspectivas”, *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C. - VII d.C.)* (Bernal, D. y Lagóstena, L., coords.), Volumen I, B.A.R. International Series 1266, Oxford, pp. 161-193.
- SERRANO RAMOS, E. (2008): “El mundo de las cerámicas comunes altoimperiales de Hispania”, *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión* (Bernal Casasola, D. y Ribera i Lacomba, A., coords.), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 471-488.
- SOTOMAYOR, M., SOLA, C. y CHOCLÁN, C. (1984): *Los más antiguos vestigios de la Granada Ibero-romana y árabe*, Granada.
- SPAKER, B. A. (1962): “The Greek Kitchen”, *JHS* 82, pp. 121-137.
- SPAKER, B. A. y TALCOTT, L. (1951): *Pots and Pans of Classical Athens*, The American School of Classical Studies at Athens, Princeton.
- SPAKER, B. A. y TALCOTT, L. (1970): “Black and Plain Pottery of the 5th and 4th Centuries BCE”, *The Athenian Agora*, vol. 12, The American School of Classical Studies at Athens, Princeton.
- VALERA PÉREZ, R. (2005): “Producciones realizadas en el alfar localizado en la parcela 2.12 del plan Parcial de RENFE”, *Arte, Arqueología e Historia*, pp. 67-77.
- VARGAS CANTOS, S. (2000): “El *Vicus* occidental de la *Colonia Patricia*, bases para su estudio: La Cerámica Romana”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 11, pp. 177-201.
- VARGAS CANTOS, S. y MORENO ALMENARA, M. (2002-2003): “Análisis de un contexto cerámico en el sector meridional de la *Colonia Patricia*”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 13-14, pp. 201-227.
- VAQUERIZO GIL, D., QUESADA SANZ, F. y MURILLO REDONDO, J. F. (2001): *Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa. Una aproximación al desarrollo de la Cultura Ibérica en el Sur de la actual provincia de Córdoba*, Arqueología. Monografías 11, Sevilla.
- VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*, Barcelona.